

El conde de Chatillón pegó un brinco hacia atrás como si hubiese pisado una víbora.

— Pero, entonces, murmuró, ¿sois el convencional Garat?

— El mismo, señor conde; ya lo veis, si mi nombre ha producido tal efecto en vos que no sois pariente, al menos que yo sepa, del rey Luis XVI, ¿qué efecto no produciría en esas pobres princesas, que eran tías suyas? Verdad es, añadió el embajador con irónica sonrisa, que no tenían gran cariño al sobrino; pero hoy que ha muerto le adoran con todo su corazón, por aquello de que nadie es perfecto hasta que baja al sepulcro.

El señor conde de Chatillón saludó á Garat y fué á noticiar á madama Victoria y á madama Adelaida el resultado de su entrevista.

CAPITULO XVIII

Fra Diávolo

Las dos viejas princesas que escoltaba el sargento Martín — y junto á las cuales volvió el conde de Chatillón asustado de haber visto cara á cara, no ya á un regicida, sino al mismo que había leído á Luis XVI su sentencia de muerte — no son nuevos conocimientos para aquellos de nuestros lectores que se hallen familiarizados con nuestras obras: en nuestro libro titulado *José Bálsamo* las han visto aparecer treinta años más jóvenes, bajo los nombres con que acabamos de designarlas, y al mismo tiempo bajo los apodos menos poéticos de *Loque y Chiffe* (1) que en su familiaridad paternal les daba el buen rey Luis XV.

Ya hemos dicho que la tercera, la princesa Sofia — á quien su real primogenitor había puesto el

(1) Arambel y Tiritaña.

armonioso nombre de *Graille* (1) para completar la trilogía de sus pimpollos — acababa de morir en Roma, y que su enfermedad, habiendo retardado el viaje de las dos hermanas, fué la causa de que éstas se encontrasen en Itri con el embajador francés.

La crónica escandalosa de la corte había respetado siempre á madama Victoria, de cuya pureza de costumbres nada tuvo que decir; pero, en cambio, como las malas lenguas necesitan siempre una víctima expiatoria, se encarnizaron con madama Adelaida; ésta, según pública voz y fama, había sido la heroína de una aventura bastante escandalosa, en la cual había representado su mismo padre el papel de Lovelace. Aunque Luis XV no fuese un patriarca, y aunque dudo mucho que Dios le hubiese prevenido por uno de sus ángeles que abandonase la ciudad maldita, si hubiera quemado la moderna Sodoma, aquella aventura pasaba por haber sido — si no en sus detalles al menos en el fondo — la segunda edición de la del cananeo Lot, el cual, como todo el mundo sabe, fué padre de Moab y de Ammón... por un lamentable olvido de los lazos de familia. El olvido de Luis XV y de su hija madama Adelaida fué la mitad menos fecundo, puesto

(1) Apestosa.

que sólo dió por resultado un niño de sexo masculino que nació en Colorno (gran ducado de Parma) y que, bajo el nombre de conde Luis de Narbona, llegó á ser uno de los caballeros más elegantes y una de las cabezas más vacías de la corte de Luis XVI. Madama Stael, que aun conservaba cierto influjo en el consejo á pesar de haber perdido la presidencia su padre M. de Necker, hizo que le nombrasen ministro de la Guerra en 1791, y engañándose respecto al valor intelectual, ya que no moral, de aquel apuesto caballero, trató de comunicarle una parte de su genio y de su corazón; pero el resultado no correspondió á sus buenos deseos. Para dominar aquella situación se necesitaba un gigante, y el conde de Narbona no era más que un enano, una medianía: la situación le aplastó.

Un decreto de acusación lanzado contra él con fecha 10 de Agosto le obligó á pasar el estrecho y á ir á Londres á reunirse con los príncipes emigrados; pero no desenvainó su espada contra la Francia. Y si fué incapaz de salvar á su país, á lo menos tuvo el mérito de no tratar de perderle.

Cuando las tres viejas princesas determinaron abandonar á Versalles, Mr. de Narbona fué quien se encargó de arreglar todos los preparativos para la fuga, la cual se efectuó el 21 de Enero de 1791.

Mirabeau pronunció con este motivo uno de sus más brillantes discursos, cuyo tema fué: *De la libertad de emigración.*

Por el relato del sargento Martín, hemos visto que Sus Altezas se habían refugiado sucesivamente en Viena y en Roma, y que, retrocediendo ante la república francesa, que después de invadir el norte, invadía también la Italia meridional, habían resuelto pasar al reino de Nápoles, donde tenían parientes *bien acomodados.*

Aquellos parientes bien acomodados, cuya posición iba á ser muy pronto bastante precaria, eran Fernando y Carolina.

Según había previsto el sargento, la noticia que les confirmó el conde de Chatillón hizo poner el grito en el cielo á las dos princesas; la idea de continuar su camino sin más escolta que su caballero de honor, no era para ellas muy tranquilizadora, y eso que el conde les había ocultado la presencia en Itri del terrible convencional, á fin de evitarles un ataque de nervios. Cuando más desconsoladas estaban las infelices, un mozo de la fonda llamó respetuosamente á la puerta del cuarto, y previno al conde de Chatillón que un joven, que había llegado la víspera, solicitaba el favor de decirle algunas palabras.

El conde salió, y al poco tiempo volvió á entrar anunciando á las princesas que el joven en cuestión era un soldado del ejército de Condé, portador de una carta del señor conde Luis de Narbona dirigida á Sus Altezas reales y particularmente á madama Adelaida.

El título de soldado de Condé y el nombre de la persona que le enviaba eran una doble recomendación para las princesas, las cuales mandaron entrar inmediatamente al portador de la carta.

Era éste un joven de veinticuatro á veinticinco años, de barba y cabellos rubios, rostro agradable y cutis fresco y sonrosado como el de una mujer; hallábase vestido con decencia, ya que no con elegancia, y sus modales, prescindiendo de cierta rigidez contraída sin duda bajo el uniforme, anunciaban á una persona de nacimiento acostumbrada á la sociedad.

El recién venido saludó respetuosamente desde la puerta, y habiéndole indicado el conde á madama Adelaida, avanzó algunos pasos, hincó una rodilla en tierra y puso en manos de la vieja princesa la misiva de que era portador.

— Leed, Chatillón, dijo madama Adelaida; yo no tengo aquí mis anteojos.

Y sonriendo graciosamente, hizo señas al joven

de que se levantase. El conde de Chatillón leyó la carta, y volviéndose á las princesas :

— Señoras, les dijo, esta carta es en efecto del señor conde Luis de Narbona; por ella recomienda eficazmente á Vuestras Altezas al señor Giovan-Battista de Cesare, quien, así como sus compañeros, ha servido en el ejército de Condé, y el cual le ha sido recomendado por el caballero de Vernegues; el señor conde pone á los pies de Vuestras Altezas reales el homenaje de sus respetos, y añade que nunca tendrán por qué arrepentirse de lo que hagan por este digno joven.

Madama Victoria se contentó con hacer un movimiento de cabeza en señal de aprobación, y dejó á su hermana la palabra.

— ¿ De manera, caballero, que sois noble ? preguntó madama Adelaida.

— Señora, respondió el joven, todos los corsos tenemos esa pretensión; pero, como ante todas cosas deseo que Vuestra Alteza me conozca por mi sinceridad, responderé que pertenezco á una antigua familia de *caporali*; durante las interminables guerras que la Córcega sostuvo con los genoveses, uno de mis antepasados mandaba una provincia bajo ese título. Entre mis compañeros no hay más noble, en el sentido á que Vuestra Alteza real alude, que

Mr. de Bocchechiampe; ni yo ni los otros cinco, sin embargo de que uno lleva el ilustre apellido de los Colona, tenemos derecho á inscribir nuestros nombres en las páginas del libro de oro.

— ¿ Sabéis, señor de Chatillón, dijo madama Victoria, que este joven se expresa perfectamente ?

— Eso, querida mía, no me causa admiración, respondió madama Adelaida; pues ya podéis comprender que Mr. de Narbona no había de recomendarnos á ningún palurdo.

Y volviéndose hacia de Cesare :

— Continúad, joven, añadió. ¿ Decíais que habéis servido en el ejército del príncipe de Condé ?

— Señora, yo y mis compañeros MM. de Bocchechiampe, Colona y Guidoné, estuvimos con Su Alteza real en Weisemburgo, en Haguenau y en Bentheim, donde monsieur de Bocchechiampe y yo fuimos heridos. Desgraciadamente, llegó la paz de Campo-Formio, el príncipe tuvo entonces que licenciar su ejército, y nosotros pasamos á Inglaterra, en cuyo país nos encontramos sin fortuna y sin posición. Allí estaba también el caballero Vernegues, el cual, acordándose de habernos visto en el campo de batalla, tuvo á bien afirmar al señor conde de Narbona que no hacíamos deshonor á la causa que habíamos abrazado. No sabiendo qué hacer, fuimos

á ver al señor conde, y él nos aconsejó venir á Nápoles, cuyo rey se preparaba á hacer la guerra, y donde, gracias á nuestras hojas de servicio, no dejaríamos de encontrar empleo. Tropezábamos con la dificultad de no conocer á nadie en el reino de las Dos Sicilias; pero el señor conde la venció diciéndonos que, si no en Nápoles, al menos en Roma, nos recomendaría á Vuestras Altezas reales; entonces fué cuando me hizo el honor de darme la carta que acabo de entregar al señor conde de Chatillón.

— Pero ¿ cómo es, caballero, preguntó la vieja princesa, que nos entregáis aquí esta carta, pudiendo haberlo hecho antes de nuestra partida?

— En efecto, señora: pudimos haberla entregado en Roma á Vuestras Altezas reales; pero no lo hicimos por dos consideraciones. Primera, porque hallándose Vuestras Altezas junto al lecho de muerte de la princesa Sofía, completamente entregadas á su dolor, creíamos que no tuviesen tiempo de ocuparse de nosotros; y segunda, porque nos vigilaba sin cesar la policía republicana y temíamos que nuestra visita comprometiese á Vuestras Altezas. Como nos quedaban algunos recursos, vivimos de ellos esperando una coyuntura más favorable. Hace una semana, Vuestras Altezas tuvieron el dolor de perder á la princesa Sofía y determinaron marchar á

Nápoles; nosotros tuvimos conocimiento de esta determinación é inmediatamente decidimos ponernos en marcha á fin de esperar aquí á Vuestras Altezas. Anoche llegamos, y al ver hace un instante la escolta que las acompañaba, creímos que no nos sería posible entregarles la carta; pero, al contrario, la Providencia ha querido que la escolta recibiese aquí mismo la orden de volverse á Roma.

Nosotros venimos, pues, á ofrecernos á Vuestras Altezas para reemplazarla; y si no se trata sino de morir á su servicio, nosotros valemos tanto como cualquiera y solicitamos ser preferidos.

El joven pronunció estas últimas palabras con tal dignidad, tan expresivo y cortés fué el saludo con que las acompañó, que la vieja princesa no pudo menos de volverse á Mr. de Chatillón, y decirle:

— Confesad, conde, que habéis conocido muy pocos magnates que se expresen con tanta nobleza como este joven corso, y eso que no es más que *caporal* (1).

— Dispensad, señora, replicó de Cesare, sonriendo de la equivocación de la princesa; el *caporale*, esto es, el gobernador de provincia, era uno de mis antepasados; yo era teniente de artillería en el ejército de monseñor el príncipe de

(1) Cabo.

Condé, así como mi amigo Mr. de Bocchechiampe.

— Espero que no haréis en la artillería tan rápida carrera como vuestro compatriota el pequeñuelo Bonaparte, y que si la hacéis, será con distintos fines.

Y dirigiéndose al conde:

— Ya veis, Chatillón, le dijo, que el asunto se arregla maravillosamente; en el momento en que nos abandona nuestra escolta, la Providencia, como dice muy bien Mr. de... Mr. de... ¿Cómo habéis dicho que os llamáis, amigo mío?

— De Cesare, señora.

— La Providencia, como ha dicho Mr. de Cesare, nos envía otros defensores; soy de opinión que debemos aceptarlos. ¿Y vos, hermana mía, qué decís?

— Yo digo que doy gracias á Dios por habernos librado de esos jacobinos de franceses, cuyo plumero tricolor me hacía daño á los nervios.

— Y yo también se las doy por haber perdido de vista á su jefe, el ciudadano Martín, que siempre tenía la gracia de dirigirse á mí para preguntar las órdenes de mi alteza. ¡Y decir á Dios que tenía que sonreírle, cuando hubiera deseado sacarle los ojos!

Y añadió volviéndose á de Cesare:

— Amigo mío, podéis presentarme á vuestros compañeros; tengo impaciencia por conocerlos.

— Quizá sería mejor, observó el conde, que Vuestras Altezas esperasen á que se marcharan el sargento Martín y sus soldados.

— ¿Y por qué, Chatillón?

— Á fin de que no encuentre aquí á esos señores cuando venga á despedirse de Vuestras Altezas.

— ¿Á despedirse de nosotras?... ¡Pues no faltaba más sino que tuviera ese belitre el descaro de volver á presentarse delante de mí! Chatillón, tomad diez luises de oro y dádselos al sargento y á sus hombres. No quiero que esos malditos jacobinos digan que nos han servido de balde.

— Haré lo que Vuestra Alteza me ordena; pero dudo que el sargento los acepte.

— ¿Qué es lo que dudáis?

— Que admita los diez luises que Vuestra Alteza se digna ofrecerle.

— ¡Sí, comprendo que le gustaría más tomarlos! Pero por esta vez se contentará con recibirlos... Mas ¿qué música es esa? ¿Por ventura nos han reconocido y están dándonos serenata?

— Señora, respondió sonriendo el joven corso: ese sería el deber de la población, si supiera la clase de personas que tiene el honor de albergar entre sus muros; pero la ciudad lo ignora, á lo

menos yo así lo supongo, y esa música no es sino el acompañamiento de una boda que viene de la iglesia. La hija del maestro carretero que vive frente á la fonda se casa, y como á lo que parece hay un rival en campaña, se teme que no pase el día sin que ocurra alguna tragedia. Nosotros, que estamos aquí desde ayer, hemos tenido ya tiempo de ponernos al corriente de la crónica local.

—Bien, bien, dijo madama Adelaida: nosotras nada tenemos que ver con esa gentuza. Presentadnos á vuestros compañeros, señor de Cesare, y si se os parecen, desde ahora pueden contar con nuestra benevolencia.

Y vos, Chatillón, id á llevar esos diez luises al ciudadano sargento, y si pretende darnos las gracias, decidle que estamos indispuestas.

El conde de Chatillón y el teniente de Cesare salieron á cumplimentar las órdenes que acababan de recibir.

En su apresuramiento por saber la decisión de Sus Altezas, los jóvenes habían ido hasta la antecámara y allí estaban esperando; por consiguiente, de Cesare fué el primero que volvió á entrar en el cuarto de las princesas.

Cesare les presentó á sus compañeros: todos eran de la isla de Córcega. Ya sabemos el nombre

del introductor y el de tres de sus amigos: Francesco Bocchechiampe, Ugo Colona y Antonio Guidoné; los otros tres se llamaban Raimundo Cordura, Lorenzo Durazzo y Stefano Pittaluga.

Nuestros lectores nos dispensarán la minuciosidad de estos detalles; pero como la inexorable historia nos obliga á introducir en nuestro relato gran número de personajes de diferentes naciones y categorías, creemos conveniente delinear con alguna precisión los contornos de aquellas figuras destinadas á adquirir cierta importancia.

Repetimos que esta novela es un inmenso poema; y á ejemplo de Homero, el rey de los poetas épicos, nos vemos en la necesidad de hacer la enumeración de nuestros soldados.

Como nosotros, el teniente de Cesare siguió también, aunque no tan en grande, el ejemplo del autor de la *Iliada*, é hizo á madama Adelaida la enumeración de sus seis compañeros; pero lo que el joven corso la había dicho respecto á la nobleza de Bocchechiampe fué lo bastante para que se dirigiese á éste más particularmente.

—Monsieur de Cesare me ha anunciado que sois gentilhombre, le dijo.

—Me ha hecho demasiado honor, señora; no soy más que noble.

— ¡ Ah! ¿ vos hacéis distinción entre noble y gentilhombre, caballero?

— Sin duda, señora, y como tengo el honor de pertenecer á una clase demasiado celosa de sus derechos, precisamente porque hoy se desprecian, por eso no quiero usurpar los de nadie. Si todavía existiese la orden de Malta, podría hacer mis pruebas de doscientos años de nobleza é ingresar en ella como caballero; pero me vería muy apurado si me exigieran la fecha de 1399, indispensable para montar en las carrozas del rey.

— Pues sin embargo, caballero, montaréis en la nuestra, dijo la vieja princesa encopetándose.

— Entonces, señora, respondió el joven haciendo una reverencia, sólo cuando haya descendido podré lisonjearme de ser gentilhombre.

— ¿ Oyes tú esto, hermana mía? exclamó madama Adelaida; ¡ qué finura y qué cumplido tan delicado! ¡ Gracias á Dios que nos vemos entre personas de educación.

Y la vieja princesa respiró con más libertad.

En aquel momento entró el conde.

— Y bien, Chatillón, ¿ qué ha dicho el sargento Martín? preguntó madama Adelaida.

— Que si Vuestra Alteza real le hubiera hecho el ofrecimiento por otra persona que no hubiese sido

yo, se habría contentado con cortarle las orejas.

— ¿ Y á vos?

— Me hizo la merced de perdonármelas, y hasta aceptó lo que le ofrecí.

— ¿ Y qué le ofrecisteis?

— Un apretón de mano.

— ¡ Chatillón! ¡ un apretón de mano á un jacobino! Para lo que os falta, ¿ por qué no habéis entrado con un gorro encarnado? ¡ Es increíble! ¡ un sargento que rehusa diez luises, y un conde de Chatillón que da un apretón de manos á un jacobino! ¡ Esta es la confusión introducida en la sociedad que esos bribones han arreglado!

— ¡ Ó, mejor dicho, desarreglado! añadió madama Victoria interrumpiendo la lectura de su libro de oraciones. Sí, desarreglado, tenéis razón, hermana mía, esa es la verdadera palabra; pero mucho dudo que vivamos lo bastante para verla otra vez en su estado normal. Mientras, Chatillón, dad las órdenes oportunas para que nos pongamos en camino á las cuatro; con una escolta como la de estos señores, bien podemos aventurarnos á viajar de noche. Monsieur de Bocchechampe, comeréis con nosotras.

Y la vieja princesa, con un gesto de mando en el que ya no quedaba maldita la dignidad, despidió á sus siete defensores, sin echar de ver lo que había

de ofensivo para los otros en la invitación que acababa de hacer al noble Bocchechiampe.

Éste hizo señas á sus compañeros, como pidiéndoles que le dispensaran el favor excepcional de que era objeto; los jóvenes le contestaron con un apretón de mano.

Según había dicho de Cesare, la música que se había oído era la que precedía al numeroso cortejo nupcial de Francesca y de Pepino: conociendo la rivalidad que existía entre éste y Miguel Pezza, todo el mundo esperaba que ocurriese alguna catástrofe. Así es que al entrar en el terrado, las miradas de los novios se dirigieron hacia la pared medianera sobre la cual había estado de bruces algunas horas antes aquel que causaba su inquietud.

La tapia estaba desierta.

Por lo demás, ningún objeto se hallaba revestido de esa tinta sombría que, á los ojos del pretendido rey de la creación, anuncia siempre el terrible momento en que va á desaparecer del mundo. Eran las doce: el sol en todo su esplendor, filtraba sus rayos de oro á través de la parra, cuyas apretadas hojas formaban un dosel de verdura sobre las cabezas de los convidados; los tordos, los mirlos y los gorriones cantaban y piaban entre el ramaje de los álamos, y los líquidos rubies chispeaban en

el vientre de las botellas. Pepino respiró; en ninguna parte veía la imagen de la muerte; al contrario, todo cuanto miraba en derredor estaba lleno de vida y juventud.

¡Y es tan hermoso vivir cuando acaba uno de casarse con la mujer que ama, cuando llega por fin el día esperado tan impacientemente por espacio de dos años!

Hubo un momento en que olvidó á Miguel Pezza y su última amenaza, amenaza que había cubierto sus mejillas de mortal palidez.

En cuanto á D. Antonio, menos preocupado que Pepino, encontró en la puerta el desvencijado carruaje y en el terrado al dueño del coche.

El carretero se dirigió hacia él rascándose la oreja.

Se le hacía cuesta arriba trabajar en semejante día.

— Conque, Excelencia, preguntó al embajador: ¿es absolutamente indispensable que prosigáis hoy vuestro camino?

— ¡Absolutamente! respondió el ciudadano Garat. Me esperan en Roma para un asunto de la mayor importancia, y con la dichosa rotura he perdido ya tres ó cuatro horas

Entonces ¡fuera pereza! un hombre honrado no

tiene más que una palabra; os dije que se trabajaría después que bebiérais un vaso de vino á la salud de los novios : bebámosle y trabajemos.

Y en efecto : se llenaron cuantos vasos había disponibles y le dieron al extranjero la copa de honor adornada de un filete de oro. Garat cumplió su palabra, brindando á la feliz unión de Francesca y Pepino; las chicas gritaron : « ¡ viva Pepino ! », los mozos « ¡ viva Francesca ! », y el pandero y la guitarra empezaron á tocar una alegre tarantela.

— Vamos, vamos, dijo á Pepino maese della Rota; no se trata de mirar á tu mujer con esos ojos de caramelo, sino de componer el coche. Lugar hay para todo. ¡ Dale un beso, y manos á la obra !

Pepino no esperó á que le repitiera la primera parte de la invitación ; echó los brazos á su mujer, y la estrechó contra su corazón, dirigiendo al cielo una mirada de gratitud.

Pero en el momento en que, bajando los ojos hacia ella, con esa indefinible expresión del amor que ha esperado por tanto tiempo y que por fin va á quedar satisfecho, aproximaba sus labios á los de Francesca, se oyó la detonación de un arma de fuego y el silbido de una bala.

— ¡ Oh ! dijo el embajador, he ahí una bala que tiene trazas de haberse fundido á mi intención.

— ¡ Os engañáis ! balbuceó Pepino desplomándose á los pies de Francesca ; fué á la mía.

Y arrojó por la boca un torrente de sangre.

Francesca lanzó un grito y se arrodilló ante el cuerpo de su esposo.

Todas las miradas se volvieron hacia el sitio de donde había salido el tiro ; una ligera columna de humo salió de entre el ramaje de los álamos.

Entonces vieron á través de los árboles á un joven que, con una escopeta en la mano, trepaba por la falda de la montaña.

— ¡ Fray Miguel ! exclamaron á una los circunstantes ; ¡ fray Miguel !

El fugitivo se detuvo en una especie de meseta, y con un gesto de amenaza :

— Ya no me llamo fray Miguel, gritó, me llamo fray Diávolo.

— Y en efecto ; este fué el sobrenombre con que se le distinguió después : el bautismo del crimen pudo más que el de la redención.

Mientras tanto, el herido había exhalado el último suspiro.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVA
BIBLIOTECA UNIV.

"ALFONSO"

INDICE

CAP. I. — La reina.....	5
— II. — La cámara alumbrada.....	30
— III. — La cámara obscura.....	50
— IV. — El médico y el sacerdote.....	71
— V. — El consejo de Estado.....	89
— VI. — El general barón Carlos Mack.....	107
— VII. — La isla de Malta.....	127
— VIII. — El interior de un sabio.....	142
— IX. — Los dos heridos.....	161
— X. — Fray Pacífico.....	178
— XI. — La colecta.....	197
— XII. — Assunta.....	212
— XIII. — Los dos hermanos.....	225
— XIV. — En que Gaetano Mammone entra en escena.....	237
— XV. — Un cuadro de Leopoldo Robert.....	262
— XVI. — Fray Miguel.....	280
— XVII. — Loque y Chiffe.....	296
— XVIII. — Fra Diávolo.....	315

PQ2227

R.C.

S3

S6

v.2

98689

2
FECHA DE
VENCIAMIENTO

AUTOR

DIMAS, Alexandre.

TITULO

La San Felice.

